su manto, y que también le había dado de comer. Añadió quel aquella señora se parecía mucho á la imagen que él había visto en la iglesia de los cristianos, y que era la de la Virgen.

Habiendo sido relatado este milagro al emperador y al patriarca con todas las circunstancias, el malvado judío fué sentenciado á perder la vida, y murió en su terca impiedad. La madre y el hijo tan milagrosamente salvados, recibieron el santo bautismo, y todos los fieles, testigos del prodigio celebraron las alabanzas de Dios y de la madre de misericordia, que tan bondadosa se muestra, hasta con aquellos que no la conocen. (ABELLY).

DÍA VEINTE Y TRES

CONSIDERACIONES SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARIA

María participó en grado eminente de la santidad de Dios por la exención del pecado; de la gloria de Dios por los títulos de que goza; del poder de Dios por su crédito ; esos son los primeros títulos de su grandeza.

PUNTO I°. — Lo que distingue sobre todo al Altísimo, y lo que merece particularmente los himnos de amor de los serafines, como las adoraciones de los hombres, es que él es el Dios tres veces santo. *Ego sanctus sum.* Su omnipotencia amedrenta menos que su santidad, pues la omnipotencia de Dios está templada por la bondad. Hasta los paganos lo entendieron así, dedicando sus templos al Dios muy bueno y muy grande : *Deo optimo maximo.* La santidad de Dios por el contrario nos hiela de terror. Vi al Señor frente á frente, exclamaba Jacob atemorizado, y sin embargo estoy todavía en vida[1]. Si los serafines en la gloria se cubren el rostro con sus alas, es porque los deslumbra la santidad de Dios ; y el atributo que de mayor modo

1. Gen., XXXII, 30.

celebran, no es su poder, sino su santidad. *Sanctus, sanctus, sanctus Dominus exercituum*[1]. Pues bien, nadie se parece más á Dios, bajo ese concepto que la Virgen santa, y se verifica esa semejanza en tres grados de gracia: gracia de preservación, gracia de plenitud, y gracia de perseverancia.

1° Gracia de preservación: Dios que quería realizar en María la grandeza más portentosa que jamás pudo admirarse en una criatura, la dotó, desde el primer instante de su existencia, con una pureza sin mancha. Sacó de los tesoros de su infinita bondad el alma más bella que hasta entonces hubo creado, y la unió, ornada de pureza, de gracia é inocencia, al cuerpo más digno de esa triple belleza. Ese fué el milagro de la concepción inmaculada; por una prerrogativa que sólo á ella pertenece, María se ve separada, desde su concepción, de la inmensa corrupción en que andan envueltos todos los hombres. Nosotros nacemos hijos de ira, María nace cual la flor de los campos: *ego flos campi* pura cual el lirio del valle, *et lilium convallium*[2]. Pero esa primera gracia de una concepción inmaculada no es más que el primer grado de su santidad.

2° Viene al mundo, y la gracia rebosa, el vaso está lleno. *Salve, llena de gracia*, ese es el único título que le da el Arcángel, y es el mayor

1. Is., VI, 4.
2. Cant., II, 1.

elogio que le pudiera dirigir. No la celebra por su nacimiento real; ¿Qué es el nacimiento ante Dios que no nació? No la alaba por contar entre sus antepasados aquellos grandes capitanes, cuyas hazañas fueron la gloria de Israel; ¿Qué es una gloria que da la casualidad, y no el mérito? Sino que la alaba por ser llena de gracia: *gratia plena*.

3° Á esos dos grados de santidad, Dios añade otro, y es la gracia de perseverancia. No hay en el cielo más que Dios cuya santidad no puede experimentar mancha alguna: los ángeles habitaban en el cielo, y pecaron. Asimismo en la tierra, no hay más que María, cuya santidad fué inalterable. ¡Ay de mí! ¿Qué somos nosotros? nada más que instabilidad é inconstancia. Dios mío, el justo en este mundo es el que menos os ofende, y ¡cuánto cada día os ofende el que menos! Una vicisitud continua de fervor y desidia, de energía y debilidad, á eso se concreta la justicia cristiana en la tierra. Pero muy diferente de nosotros, ilustre Virgen, tú fuiste exenta de toda culpa, aún de la más leve. La Iglesia entera te rinde ese homenaje por boca del santo concilio de Trento. Luego debemos colegir para gloria tuya que, *si nadie es santo como Dios*, nadie fué ni será santo como tú.

Punto II°. — María participa de la gloria de Dios por los títulos de que goza. La gloria de Dios es incomunicable: *gloriam meam alteri* non

dabo [1]. Digamos no obstante que á ninguna criatura en la tierra comunicó más rayos de ella que á María, pues la escogió para ser la madre de Dios hecho hombre. Ese, dice un Padre, es tan gran prodigio, que Dios todopoderoso como es, no hizo nunca nada más grande. Por lo tanto, no reparemos en decirlo, si la gloria de Dios es incomunicable, la de María es igualmente sólo para ella.

Con escogerla por madre suya, el Hijo de Dios le dió un nombre superior á todo; y ¿ cuál es ese nombre ? Madre de Dios. Al lado de tan augusto nombre, ¿ Qué son todas las demás grandezas ? Humo vano.

Decir de María que es madre de Dios, es decir que es en la tierra la única madre de aquel cuyo único padre en el cielo es Dios; es decir que dió á luz en el tiempo á aquel que Dios engendra en la eternidad ; es decir que tiene por hijo á aquel que lleva en la mano todo el universo. ¡ Qué gloria ! La nobleza de un hijo redunda siempre en la madre : se han visto príncipes que hicieron sentar á su madre á su lado en el mismo trono ; se han visto generales que al volver de la victoria depusieron su corona en las sienes de sus madres ; y tan felices madres se arrobaban con la gloria y amor de sus hijos. ¡ Qué gloria pues y qué arrobamiento para María ! Ella participa de los triunfos de su

1. Is., XLVIII, 11.

Jesús, las victorias de él son las suyas ; apoyada en su amado, sentada en el mismo trono, ella goza de sus triunfos ; una y mil veces venturosa madre, llama con el dulce nombre de hijo aquel cuyo nombre es el Eterno. ¿ Qué más se puede ser, si no es Dios ?

Punto III°. — María participa en el poder divino por el crédito que goza. Y ese crédito tiene por fundamento su título de madre : por espacio de treinta y tres años tuvo bajo su dependencia á aquel que el amor hizo hijo suyo. Jesús le era sumiso cual á su madre, *et erat subditus illis* ; « Y el Salvador quiere seguir, en cuanto es posible, siéndole sumiso en su gloria. El recibe gustoso las súplicas de tan dulce madre en favor de tantos desgraciados á quienes ella protege ; y hasta prometió no negar nada á su amable mediación. ¡ Oh madre, le dice, pide ó más bien, manda ; siempre lograrás. ¿ Cómo podré yo apartar mis ojos, cuando levantas hacia mi trono esas manos tan puras y bondadosas que me llevaron y guardaron cuando niño? *Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem meam.*

« Y es tan grande el favor de María con su divino Hijo, que sólo una palabra de su boca, un suspiro suyo puede más ante él, que los votos más ardientes de todos los santos juntos ; ella puede con sus ruegos lo que con su poder Dios. Es un príncipe de la Iglesia quien habla así : *Quod Deus imperio, tu prece, Virgo potes* [1] ».

1. Ab. Girard.

Cuéntase que Antípater escribió un día á Alejandro una larga carta de acusación contra Olimpias su madre ; leyóla Alejandro y contestó : ¿ No sabe Antípater que tan sólo una lágrima de mi madre basta para borrar todas las cartas que pudieran escribirme contra ella ? Figuraos pues que á toda acusación formulada por el demonio contra un alma, á quien escuda María, Jesús le contesta : ¿ No sabes, espíritu de tinieblas que sólo una lágrima de mi madre, vertida por un pecador, puede hacerme olvidar todas las ofensas que de él recibí ? Siendo María la madre de Dios, dice san Pedro Damián, los tesoros de la misericordia divina están en sus manos. ¡ Cuánta confianza debe infundirnos ese pensamiento !

¡ Oh María ! tú eres la madre de Dios, la reina del cielo, el auxilio de los cristianos, el refugio de los pecadores ; desde lo alto de la celestial morada, donde reinas gloriosa, vuelve hacia mí esos ojos de misericordia ; yo soy hijo tuyo, y soy la misma flaqueza. Amable dispensadora de gracias, alcánzame la de amarte siempre, y no contristar jamás el corazón de tu divino Hijo. Amén.

EJERCICIO

No contentarse con recurrir á María en los momentos de desolación interior, sino formar la resolución de ejecutar todo cuanto ella nos inspire por la voz de la conciencia.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Una contestación del cielo. — Una honrada familia de artesanos acababa de caer en la desgracia. La madre estaba enferma ; el padre no podía trabajar á consecuencia de una caída, de modo que la buena Teresina su hija, de siete años escasos, se halló impensadamente sin auxilio ni recurso. Varias veces habían manifestado ya los vecinos cómo y cúan ingeniosos son los pobres para socorrerse entre ellos, pero la pobrecita ya no se atrevía á solicitar su generosidad. Daba lástima ver á esa niña tan jovencita y guapilla, al lado siempre de sus amados enfermos, atenta á todos sus deseos, tristecita y pálida de dolor. De repente le viene un pensamiento consolador, cual si se lo inspirara la la Virgen, cuya imagen estaba suspendida á la pared, y á quien con frecuencia volvía sus ojos llenos de lágrimas, y dirigía los ruegos ardientes del corazón. Llevada de ese pensamiento, se levanta, y se pone á escribir lo mejor que puede en un pedazo de papel ; lo pliega con cuidado, y sale cautelosamente para llevar la esquela á su destino. Llega á la iglesia más próxima, y figurándose que el cepo donde se recogen las limosnas es el buzón para el correo del cielo, se prepara á echar su carta, no sin mirar al rededor de sí por ver si alguien la miraba. Cabalmente en ese momento una señora muy rica que salía de la iglesia, la vió, y le preguntó qué era lo que estaba intentando. Sobresaltada la pobrecita bajó los ojos y se echó á llorar. Insistió la señora, y tuvo que contestar con el lamentable relato de lo que pasaba en su casa, y como prueba le enseñó la carta que llevaba. Enternecida de tanta inocencia, toma la señora el escrito de manos de la niña, asegurándole que ella se encargaba de hacer que llegara á su destino,

y añadiendo : « ¿ Pusiste las señas de tu casa para recibir la contestación ? — No, contestó, siempre oí decir que Dios todo lo sabe. — Así es contestó la interlocutora, pero pudiera ser que el ángel encargado de la respuesta no sepa tanto como Dios. » Y entonces Teresina le indicó humildemente la vivienda de sus padres, y con el corazón henchido de gozo, volvióse rápida á su casa. Un día después, encontró muy temprano á la puerta de su habitación un gran canasto lleno de vestidos de hombre, de mujer y de niña ; y además ropa blanca, azúcar y dinero, en fin todo cuanto les faltaba, tapado todo con un papel donde se leía este rótulo : Contestación del cielo. Unas horas después, vino también un médico á visitar á los dos enfermos, porque si bien la carta de Teresina no llegó á su destino, su gran fe le había merecido una mirada de misericordia del Padre de los pobres, del Dios que prodiga sus gracias é inspira á los corazones la compasión y la caridad.

El ramillete de María. — Ya veinte y tres hermosos días van transcurridos bajo la maternal mirada de María, á quien dedicamos el primer mes de las flores, de los bellos días primeros, y de los primeros gozos del año. Todas las tardes, dichosos y recogidos ante su altar perfumado de incienso, y adornado con guirnaldas de flores y de verdura primaveral, hemos mezclado nuestras voces con los piadosos cánticos de todos los fieles. Todas las tardes hemos experimentado la emoción filial que dilata el corazón, eco dulce que repite al alma la contestación maternal de María á su hijos. El altar de la Virgen es la familia, es la patria ; « ahí está uno bien : *ubi bene ibi patria.* » Voy á contar sobre el asunto una historia conmovedora que oí hace unos días : En el año 1856, se daba á

la vela un bajel mercante, saliendo del puerto de Marsella con rumbo á China y á los mares del Japón. Hasta el último momento, permaneció al lado del bajel una lancha, que llevaba un joven aspirante de marina, recién inscrito en la matrícula de la tripulación, y su madre que le estaba haciendo una larga despedida. Cuando, arrancándose de los brazos de su madre, se subió el joven al puente del navío, se inclinó hacia la lancha y le mandó un postrer beso. Su madre entonces, cogiendo un ramillete que la víspera habían formado juntos para colocarlo en el altar de María, se lo echó diciendo anegada en lágrimas : « Toma, hijo, es la despedida de la Virgen ; fuí esta mañana á pedírsela, coma prenda de que tú volverás á mis brazos ; conserva ese ramillete, y ella no te abandonará. » Y el mar frío y agitado separó ambas naves y ambos corazones. Días y noches, calmas y tempestades pasaron lentas sobre la sienes del joven marino. El ramillete, cuyas hojas recogía así como se iban secando, ese ramillete descansaba en una cajita entre el retrato de su madre y un crucifijo bendecido ; todas las noches á la hora del descanso hacía una visita al recuerdo de las dos madres. Una oración y una lágrima consolaban al viajero, y se dormía sosegado cual antes en su cuna. Fué el viaje largo y penoso ; el muchacho era ya hombre, el novicio, marino ; teniente el aspirante. Tres años más tarde, también en el mes de mayo, de rodillas en un rincón de la capilla de Nª Sª de la Guarda, una buena señora ofrecía con llantos á la Virgen una ramita desgajada de un rosal, ya seca y ennegrecida por el tiempo. Después de oír la misa celebrada á su intención, se levantó titubeante, (pues estaba ya viejecita la pobre madre) y se acercó al altar para deponer la marchitada ramita. En aquel momento, una mano quemada del sol se adelantó al lado de la suya, colocando junto á la ramita un

ramillete marchito también y seco, y diciéndole al oído una voz luego conocida: Madre, aquí está nuestro recuerdo. Tras su hijo había doce marineros (su tripulación) que traían en exvoto una linda navecilla con estas palabras en la gran vela: *A María, estrella de los mares, la tripulación del Bouquet, salvada de un tifón en el archipiélago de la Sonda.* La Virgen Santísima no quiso dejar perecer su ramillete; nunca perece el que es fiel á su *recuerdo* (J. B. D'AURIAC).

Caridad ingeniosa de un hijo de María[1]. — Un muchacho de trece años, que pertenecía á la Asociación de los hijos de María, acaba de tener un rasgo de admirable caridad. Exigía su madre que el maestro le enseñara las matemáticas. Este, que era un eclesiástico muy docto por cierto, no era de lo más versado en las ciencias, pero en cambio enseñaba la música á su discípulo, y esa circunstancia, que en todas partes se paga á parte, no se llevaba en cuenta. El señor abate, griego, francés, latinista, literato y músico no recibía más que seiscientas pesetas de emolumentos; eso era comprar barato el talento, pero así lo compran en ciertas casas. La madre del joven exigía que su hijo supiera matemáticas, y el abate, para conformarse con su voluntad, tuvo que pagar con su dinero un maestro á quien daba trescientas pesetas; mella no pequeña á su bolsillo. El muchacho que pensaba que esa lección se pagaba á parte, vino á saber, yo no se cómo, que costaba á su buen preceptor gran parte de sus emolumentos. Y ¿ qué hizo ? Se le regalaba un doblón por mes para sus diversiones, y él no se guardó nada; sin decir nada á nadie, logró mandar hacer una llave semejante á la del

1. Colección de buenos ejemplos.

escritorio de su maestro, y cada mes echaba un doblón en el cajón del dinero, cerrándolo otra vez exactamente. El abate, que se figuraba naturalmente que sólo él tenía la llave de su tesoro, y que, á pesar de sacar de él un doblón todos los meses, encontraba siempre la misma cantidad, no sabía á que atribuír tal portento. En fin, un día se puso al acecho, y sorprendió al muchacho en el momento en que éste entregaba sus diversiones al secreto depositario de su generosidad « ¿ Qué es eso ? exclamó el maestro con voz trémula y conmovida de admiración. — ¡ Ah ! buen maestro, dijo el virtuoso discípulo, echándose á sus pies, perdonad mi temeridad; no me rehuséis, yo os lo suplico, este leve testimonio de mi agradecimiento, siendo poco resarcimiento del trabajo que os dais por mí. La música no es más que un arte de entretenimiento, y vos me la enseñáis; lo que siento es no poder hacer más. »

Quiso insistir el preceptor penetrado de admiración.

« No, yo no me levanto de aquí, dijo el muchacho, hasta que me prometáis dos cosas. — ¿ Y cuáles son ? preguntó el maestro lleno de lágrimas. — Que dejéis siempre en mi poder esa llave, y que guardéis el más inviolable secreto. »